

19—La importancia de ejercer la fe

FN MATEO 7:7 leemos: «Pidan, y se les dará» (NVI ¿Acaso hay algún “si” condicional en todo esto? No hay un “si” . No hay condición alguna que impida pedir si tan solo anhelamos las cosas por las cuales pedimos. No hay condiciones espirituales. Si deseamos las cosas de Dios tendremos que cumplir con las condiciones que implica buscarlas (Mat. 7: 8-11). Las «buenas cosas», según Lucas, equivalen al don del Espíritu Santo, y eso es lo que necesitamos, anhelar la santidad (vers. 12).

Esta mañana necesitamos meditar especialmente en la importancia de ejercer esa fe sencilla que acepta lo que Dios dice. Lamentamos que sea necesario presentar este asunto de nuevo. No sé si nos apena más que sea presentado, o que a pesar de predicarlo no lo comprendan. Sin embargo, nuestras mentes deben estar abiertas a creer las promesas que nos han sido hechas.

Charla presentada en Harbor Heights, Michigan el 22 de julio de 1891. Manuscrito 83, 1891

La fe de un niño

He seleccionado una de esas sencillas promesas, tan sencilla que incluso un niño puede entenderla (vers. 11), y se nos dice qué clase de promesa es esa. Si pedimos, existe la posibilidad de obtener lo que se nos ha prometido. ¿Es esa la forma en que está expresada? ¿Hay alguna duda respecto a este asunto? Quizá lo pensemos si tomamos en cuenta las acciones de quienes piden. No obstante, no hay necesidad de ello; no hay razón para dudar. Recibimos lo que pedimos no porque seamos buenos, puesto que si esperamos a ser lo suficientemente buenos para recibir una bendición, jamás la recibiremos. Tendríamos que esperar hasta que Cristo venga, y eso sería demasiado tarde. Podemos acudir a él tal como somos, porque él es nuestro Salvador, porque murió por nosotros y porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Él ha reservado el cielo entero como un regalo de luz, de poder y de bendiciones, para otorgarlo a todo el que lo anhele y le abra la puerta a Jesús. ¿Desean ustedes tanto eso como para abrir la puerta? Si abren la puerta para recibir dichas bendiciones, se esfumará el amor al mundo y el orgullo de la vida. Aquel vacío tendrá que ser llenado por el Espíritu Santo tan pronto como salgan los ídolos del corazón.

Necesitamos ser muy cuidadosos a fin de permanecer donde el Señor desea que estemos. Esto conlleva reconocer que todas las bendiciones que recibimos vienen gracias a la misericordia, la compasión y la bondad de nuestro Dios, aunque somos seres indignos. No es porque nos consideremos buenos en muchos sentidos, sino porque «de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida

eterna» (Juan 3: 16). No es que alguien ocasionalmente podrá alcanzar la vida, uno en cien o uno en mil, o en cinco o en diez mil. No. Todo el que crea en él no se perderá, sino que disfrutará de la vida eterna.

¿Acaso tenemos esa fe? Depende de nosotros. Habrá dos tipos de personas hasta el fin del tiempo. Un grupo que estará a la izquierda, a quienes él los llama «cabritos»; y un grupo que estará a la derecha, denominados «ovejas». Toda alma puede ser salva si cree en Cristo como su Salvador personal. Pero no todos serán salvos. No porque Jesús no quiera que se salven, porque él está llamando a todos. No importa cuál sea su posición social, no importa su educación, su nacionalidad o su preparación; él quiere atraer a todas las personas. ¿Por qué? Porque en él hay vida, luz y verdad, elementos esenciales para nosotros, para nuestra dicha en esta vida presente. Todas estas cosas nos ayudarán a soportar con mayor facilidad las cargas, pruebas y perplejidades de la vida. Cristo dice: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mat. 11: 28).

Cristo, nuestro único mediador

Constantemente recibo cartas, tantas que apenas puedo contestarlas. En ellas se me suplica que ore al Señor para que tenga misericordia de los remitentes. Pues bien, no soy su mediador, y no espero serlo nunca, y no abriré mi corazón como si fuera capaz de bendecir a esas personas. Estoy en la misma situación de ustedes, confiando para mi salvación en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. Deseo la salvación, anhelo la vida eterna, y tengo que conocer las condiciones para obtenerla. Ustedes también deben conocerlas.

¿Cómo es que les resulta tan natural derramar todos los problemas y dudas de su alma sobre seres finitos como nosotros? Dejo que ustedes sean quienes respondan. ¿Por qué hacemos esto? La práctica sería excusable si no tuviéramos la promesa: «Pedid, y recibiréis», y «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre ustedes y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga». No es mi «yugo» el que los hace trabajar tan duro, el que hace que el camino de ustedes sea tan difícil.

¿Qué significa «mi yugo»? Consiste en la perfecta sumisión a Dios. Nuestras voluntades tienen que someterse a la voluntad de Dios. Venir a Jesús es sentir que no hay ayuda para nosotros, excepto en él. La acción del Padre de dar a su Hijo por la vida del mundo, no le aprovechará a quien no lo reciba por fe como su Salvador personal. Cuando las almas inquietas y desorientadas acuden en busca de socorro a seres humanos finitos, mortales, debemos conducirlos a Jesús. Debemos orar con ellas, y por ellas, con fe; educarlas por precepto y ejemplo para que traigan a Jesús cada prueba, sea grande o pequeña. Podemos ayudar a esas pobres almas que nos presentan sus problemas, dirigiéndolas a él, diciéndoles que lleven sus culpas y cargas a Jesús, y las dejen allí. Deseo poder ayudar, pero

lo único que puedo hacer es encomendarlos a Jesús, mostrarles el camino al Calvario.

Una obra de limpieza

Juan le mostró a la gente el Cordero de Dios. Dijo: «¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (Juan 1: 29). La palabra «quita» posee una gran importancia. La pregunta es: ¿Seguiremos pecando como si fuera imposible que obtengamos la victoria? ¿Cómo hemos de vencer? Como Cristo lo hizo. Él oró a su Padre celestial, y nosotros podemos hacer lo mismo. Esa es la única manera. Seremos vencedores, pues se dice que aquellos que lo verán en su hermosura no tendrán «mancha ni arruga ni cosa semejante» (Efe. 5:27). Ahora bien, si hubiera alguna mancha o arruga en el carácter de ustedes, ¿no sería el momento para que empiecen a entender qué significa esa impureza para que puedan confiar que la sangre de Cristo la lave?

«¿Cómo podré quitarlo?», dice alguien lleno de temor. Deben decir: «Trataré». Pero deben hacerlo creyendo que Cristo es su Salvador y que los limpia de toda maldad. Tienen un ejemplo en sus palabras. Cuando sean tentados a hablar mal, y a hacer el mal, resistan a Satanás diciendo: «No entregaré mi voluntad a tu control». «Cooperaré con el poder divino, y a través de la gracia seré vencedor».

Las mentiras del enemigo

Satanás le dijo a Cristo en el desierto: «Ciertamente, a sus ángeles mandará cerca de ti y en sus manos te sostendrán, para que tu pie no tropieces con alguna piedra». Pero ¿qué dejó fuera de aquella cita? La promesa de que sería guardado en el camino; en todos los caminos divinos. Aquel no era su camino propio. El camino de Dios es el camino de Cristo. Se ha preparado un plan de salvación para la raza humana, y en el mismo Cristo no obraría milagro alguno en su favor para aliviar alguna de sus necesidades humanas. Jesús fue guardado en todos sus caminos. El enemigo no citó eso para nada, pero sí dijo que el ángel lo guardaría para que no tropezara con su pie en piedra, pues él lo sostendría.

El enemigo presentará todos esos engaños, ¿pero qué será lo que tiene mayor peso? ¿Será colocarnos bajo los brillantes rayos del Sol de Justicia? ¿Asistir a una reunión y suponer que allí es el mejor lugar para actuar como cristiano y que al salir de la misma nos desvistamos como se despoja un hombre de su abrigo? ¿Hemos de despojarnos así de nuestra religión? Velen en oración, dice Cristo: «Velad y orad para que no entréis en tentación».

La tentación nos acechará mientras vivamos. Satanás nos probará de una forma, y si no nos vence nos tentará de otra. De ese modo sus esfuerzos nunca cesarán. Pero hemos de recordar siempre que somos miembros de la familia real, súbditos del rey celestial, y que hemos nacido de nuevo para Dios con un nuevo carácter. El antiguo carácter vil, frívolo; el carácter que conduce al mundo, al orgullo, a la vanidad y a la locura, lo hemos abandonado. Lo hemos dejado, no por nuestras

propias fuerzas, sino porque hemos pedido la sabiduría que proviene de Dios, y él afirma que se la da a todos. ¿Cómo? ¿De manera restringida? No, abundantemente. Además, sin reproche.

¿Y qué más dice? «Pidan con fe, no dudando nada». Ahí está el problema. Expresamos nuestras peticiones y no sabemos si somos bendecidos o no. Decimos: «Desearía saber... ¿qué significa eso? Tú lo dijiste, Señor, sin embargo, no lo creo». Ustedes deben pedir sin dudar, «porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra». Es arrastrado entre las olas. Una ola tras otra viene, y nuestra fe se escapará como lo hace el agua de un recipiente agujereado. Tener fe es creer y velar en oración.